

Anexos

Anexo N.º 1

Definiciones del Principio de Razón Suficiente

El Principio de Razón Suficiente ha sido formulado de distintas maneras, aunque en todas ellas existe un aspecto común; conviene señalar las formas en que han sido expresadas. Las formulaciones principales son:

1. "Es el principio universal que fundamenta que todo ente existe por una razón que la determina tanto en el pensamiento como en la acción humana, así como los animales y las cosas en el mundo".
2. "Es el principio ontológico y teleológico más potente y más grande que busca y explica la razón de los entes existentes en el mundo".
3. "Es un principio rector del pensamiento y razonamiento humano sobre las causas y efectos del ser y del pensar en el mundo existente".
4. Es el principio que determina: "que todo ente material e ideal tienen una causa y un efecto".
5. "Todo ente ideal y material tienen una razón de existencia en el mundo".
6. "Todo lo real es racional". (Hegel)
7. "Todo es por algo".
8. "Todo lo que es, es por alguna razón que le hace ser como es y no de otra manera".

9. "Todo lo que existe debe tener una razón necesaria y suficiente de existencia".
10. "Todo efecto tiene una causa".
11. "Todo efecto tiene una razón de ser".
12. "Es el principio de Razón determinante".
13. "Es el principio más grande".
14. "Nada es sin que haya una razón que explique que sea".
15. "Todo lo que es, es por alguna razón que lo hace ser como es, y no de otro manera".¹
16. "Nada acontece sin razón".²
17. "Que haya una razón que explique que acontezca".
18. "Nada es sin que haya una razón para que sea o acontezca".
19. "Ningún hecho puede ser verdadero o existente sin que haya una razón suficiente para que sea así y no de otro modo".
20. "Ninguna enunciación o proposición puede ser verdadera sin que haya una razón suficiente para que sea así y no de otro modo".
21. "Nada acontece sin razón suficiente".
22. "Dios no puede obrar sin una razón suficiente".
23. "Dios no puede ser perfecto sin una razón suficiente".
24. "Nada acontece sin la posibilidad de que una inteligencia (mente) omnisciente pueda dar una razón del porqué acontece más bien que no acontece".
25. "Hay algo más bien que nada, porque hay una razón suficiente que así sea", es decir, es la superioridad del ser sobre el no-ser.
26. "No hay un vacío en la naturaleza, porque entonces habría que explicar por qué ciertas partes están ocupadas y otras no, y la razón de ello no puede encontrarse en el vacío mismo".
27. "Es aquello por lo cual entendemos porqué algo es como es y no de otro modo".

¹ KRÜGER CASTRO, Julio César. El Principio de Razón Suficiente en Leibniz. Lima, tesis doctoral presentado en la UNMSM, Facultad de Letras, EAP de Filosofía, 1974.

² *Ibíd.*

28. "Nada hay sin razón suficiente".
29. "Todo pensamiento como pensamiento tiene su origen en el Principio de Razón Suficiente".
30. "Toda idea como pensamiento tiene su origen en el Principio de Razón Suficiente".
31. "Toda idea como pensamiento tiene su origen en el Principio de Razón Suficiente".
32. "Jamás acontece sin que haya una causa o al menos una razón determinante, es decir, alguna cosa que pueda servir para dar razón a priori, ¿por qué algo es existente?, y ¿por qué algo es así, más bien no de otra manera?".
33. "El Principio de Razón Suficiente como necesidad".
34. "El Principio de necesidad de una razón suficiente".
35. "Nada acontece sin que haya una razón de por qué es así y no de otra manera".
36. "Es el principio más potente".
37. "Es el principio de la última razón, o razón final".
38. "Nada es sin fundamento".
39. "Nada se hace sin razón suficiente".
40. "Nada sucede sin que sea posible".
41. "Nada es sin razón".
42. "Nada es sin por qué".
43. "No hay nada sin razón de por qué existe", (interpretación y formulación de Wolf, tomado por Schopenhauer).

Estas formas de expresar y formular el Principio de Razón Suficiente se encuentran en el quehacer jurídico, en el Derecho universal, especialmente en el Derecho Procesal civil, penal, judicial, administrativo, laboral, financiero, tributario, agrario, internacional público o privado.

Anexo N.º 2

Glosario

1. Acción de amparo: Es una garantía constitucional que procede contra el hecho u omisión por parte de cualquier autoridad, funcionario o personal, que vulnera o amenaza los demás derechos reconocidos por la constitución, con excepción de los señalados en el inciso siguiente: No procede contra normas legales ni contra resoluciones judiciales emanadas de procedimiento (Art. 200 inc. 2 de la C.P. del Estado).
2. Acción de cumplimiento: Es una garantía constitucional que procede contra cualquier autoridad o funcionario renuente a acatar una norma legal o un acto administrativo, sin perjuicio de las responsabilidades de ley.
3. Cálculo: El cálculo para Leibnitz debe entenderse como el instrumento conceptual o el instrumento con el cual se puede investigar la perfecta continuidad de la realidad.
4. Cálculo infinitesimal: Es el mejor modo de conceptualizar y materializar la continuidad de la realidad entera y del movimiento.
5. Carga de la prueba: La carga de la prueba es la obligación que tiene el acusador de probar sus afirmaciones en una demanda o en una denuncia.
6. Demanda: Acto procesal, verbal o escrito, que da inicio a un proceso formulado ante el juez a fin resolverlo, previo los trámites establecidos; al dictarse la sentencia se da fin a dicho proceso.

7. Denuncia: Acto mediante el cual se pone en conocimiento de la autoridad competente la comisión de un delito o infracción legal.
8. Derecho en Mariano Iberico: Sistema de normas que implica un sistema de exigencias ideales, de direcciones hacia lo que debe ser.
9. Falacia: Infracción intencional de las reglas lógicas de inferencias para inducir en error de razonamiento. b. Razonamiento incorrecto que parece ser correcto.
10. Filosofía del derecho: Es la concepción integral del Derecho; es una forma de objetivación que estudia la génesis del Derecho y su fundamento metafísico, ontológico, axiológico, ético y lógico.
11. Inculpado: Persona contra quien se ha formulado cargo o se ha imputado la relación de un delito; a su vez pasará a la condición de acusado si el fiscal encuentra mérito para formular acusación penal.
12. Interpretación jurídica: Interpretación del pensamiento jurídico: Operación lógica que trata de encontrar el sentido esencial de la norma, es decir, su sentido objetivo.
13. Jurisprudencia: Del latín *iuris peritià*, "ciencia del derecho". Legislación. Derecho.
 - a) Conjunto de las decisiones judiciales impartidas durante cierto período, ya sea en una materia (jurisprudencia inmobiliaria), ya sea en un ramo del Derecho (jurisprudencia civil, fiscal, etc.) o en un conjunto de derecho.
 - b) Conjunto de soluciones aportadas por las decisiones judiciales en la aplicación del Derecho (principalmente en la interpretación de la ley, cuando ésta es oscura) o también en la creación del Derecho (cuando es preciso completar la ley o suplir una norma que falta), obra de los tribunales.
 - c) Personificación de la acción de los tribunales.
14. Lenguaje jurídico: Conjunto de términos seleccionados y usados en el contexto jurídico y que tienen un significado distinto del que ofrecen en el ámbito ordinario.

15. Lógica: Ciencia del razonamiento que estudia las leyes del pensamiento (de acuerdo con su orden y estableciendo las normas generales a que se sujeta), principios, leyes, reglas, métodos y sistemas para determinar si es válida o no una inferencia o razonamiento.
16. Motivación de la sentencia: Exposición o fundamentación escrita de las razones de hecho y de derecho que constituyen el fundamento de la resolución judicial que emite el juez de la causa, pues sin ella la sentencia no tiene validez, de conformidad al art. 139 de nuestra Constitución Política del Perú. No procede contra normas legales ni contra resoluciones judiciales emanadas de procedimiento (Art. 200 inc. 2 de la CP del Estado).
17. Objeto del pensamiento jurídico: Modos de la conducta social y de las relaciones intersubjetivas a los que se dirige la norma jurídica
18. Pensamiento jurídico: Pensamiento objetivo cuya realidad está constituida por principios con sus leyes propias, superiores a la simple psicología.
19. Principio: (Del latín Principium y éste del griego arkhe). "Comienzo, enunciado fundamental, regla. Especialmente el origen o lo primero, que dentro de un orden (temporal u objetivo) posibilita, fundamenta y determina algo dependiente de él. Se distinguen: principios formales (reglas lógicas del pensamiento) y principios materiales (fundamento ontológico del ser, principio cognoscitivo del pensamiento, principio de la acción)".¹
20. Principio de Razón Suprema: Es también conocido como el Principio de No Contradicción.
21. Principio de Razón Suficiente:
 - a) Principio filosófico según el cual nada es o nada sucede sin que haya fundamento para que sea o acontezca.
 - b) Funciona en las decisiones judiciales cuando el juez funda en ciertas circunstancias del caso y en determinados prece-

¹ MULLER, Max y HALDER, Alois. Breve Diccionario de Filosofía. Barcelona, Edit. Herder, 1976, p. 361.

dentes normativos su ratio decidendi, atendiendo a la complejidad del caso, la falencia o incertidumbre del texto de la ley.

- c) En la formulación de Schopenhauer se enuncia de la siguiente manera: "Nada carece de razón para ser".² Leibniz fue responsable de la elevación formal de este principio a la condición de principio cardinal de todo conocimiento.
 - d) En nuestro ordenamiento jurídico se encuentra tácitamente incluido, especialmente en los títulos preliminares de nuestros códigos y en forma específica en nuestra Constitución Política en su art. 129, inciso 5.
22. Principios generales del Derecho: Propositiones o conceptos que pueden recabarse por medio de un proceso de generalización de las normas ya existentes.
23. Prueba: Verificación de la existencia de un hecho (materialidad de un daño) o de un acto (contrato, testamento), con las formalidades admitidas por la ley. La prueba incluye el medio para suministrar la prueba o efecto de la presunción legal. Por ejemplo, prueba por testigos, prueba literal, indicios, confesión, juramento, comprobaciones.
24. Prueba indiciaria: Prueba suministrada por medio de indicios.
25. Razón:
- a) Facultad intelectual en conjunto, contrapuesta a la facultad de percepción sensible. Sinónimo de inteligencia, entendimiento, juicio, etc.
 - b) Capacidad natural de discernimiento o también la aptitud para comprender.
 - c) Distinción entre lo que es justo y lo que es posible; aptitud para elegir, dentro de lo que es realizable, lo que es bueno.
 - d) Justificación, conformidad a derecho (de una pretensión, de una decisión). Por ejemplo, "en razón de", "con razón".

² GARDINER, Patrick. Schopenhauer. México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 100.

- e) Para Leibniz, razón es equivalente a fundamento. La razón explica por qué algo es como es y no de otro modo. La razón es un principio de explicación de las realidades por lo tanto puede ser una razón de ser, una razón de acontecer o una razón de obrar.
26. Racionalismo: Forma de pensar, de filosofar basada en la razón, en el razonamiento. En la praxis, o mejor dicho en la interpretación habitual, es la capacitación del hombre en su vida diaria y en su práctica cognoscitiva para reflexionar con sensatez superando en lo posible el error de los sentidos y la emociones, de meditar en pro o en contra, de esforzarse por fundamentar sus conclusiones y actos. Consiste en una sensatez mental, en una reflexión madura y positiva. En filosofía se interpreta como una tendencia especial de la teoría del conocimiento que se contrapone al empirismo.
- Según los racionalistas sólo la razón y el intelecto son capaces de brindar un conocimiento fidedigno con carácter general, necesario, claro y distinto de todas las cosas y de los mundos posibles, especialmente sobre la fundamentación de las "Ideas Innatas" y/o las "mónadas", conceptos propios de la mente desde el principio mismo (Descartes, Leibniz, entre otros).
27. Ratio: Razón (del latín ratio): Facultad del hombre cuyo acto selecciona conscientemente; ordena, relaciona y estructura nuestras ideas, pensamientos, conocimientos en una unidad bien determinada de manera absoluta y definitiva. La razón logra una profunda unidad interna de los aspectos contrarios y de esta manera posibilita el conocimiento de los objetos en su carácter concreto o íntegro. Es también ordenar nuestros conocimientos en determinado sistema, subordinado a leyes o reglas lógicas. La razón permite descubrir las contradicciones de todos los conocimientos hasta hoy expuestos en la ciencia y la filosofía, por ende plantea nuevas ideas y crea un nuevo sistema de conocimientos en bien de la humanidad.

28. Ratio legis: Expresión utilizada para designar la razón de ser de la norma establecida, en la cual la interpretación saca la medida de la plena aplicación de aquélla.
29. Sentencia: Resolución judicial que pone fin a un proceso en una determinada instancia.
30. Teoría de la prueba: Parte fundamental del Derecho Procesal que Jeremías Bentham llamó "Derecho Probatorio"; comprende los problemas relacionados con la evidencia jurídica.
31. Validez: Calidad de acto jurídico que no se halla afectado por vicio alguno, error o falacia y por lo tanto es idónea para todos sus efectos jurídicos.

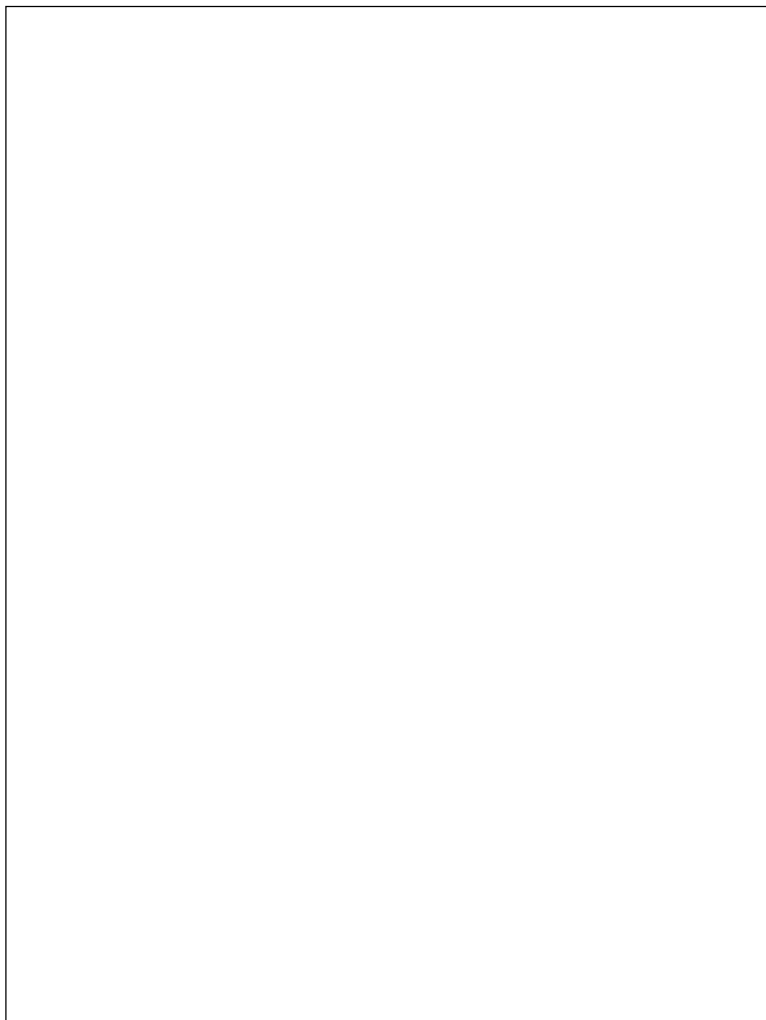


FOTO LEIBNIZ

Anexo N.º 3

¿Quién ha sido el hombre más inteligente del mundo?

Francisco Miró Quesada

Preguntarse quién ha sido el hombre más inteligente del mundo es infantil. Es como preguntar, cuando uno todavía está en el colegio, quién es el más fuerte de la clase. Pero fuera de que todos somos siempre un poco infantiles y de que nos interesamos, querámoslo o no, por las cualidades humanas extremas, el problema de la inteligencia ejerce una tradicional fascinación. ¿En qué consiste la inteligencia? ¿Puede medirse, puede compararse con éxito cuando es tan grande que alcanza las cimas misteriosas del genio? En la actualidad hay muchos métodos para medir lo que se llama el cociente intelectual, el famoso IQ, que parecen ser eficaces. Sin embargo, cuando se trata de inteligencias extremas los resultados son dudosos. Einstein, por ejemplo, fue mal alumno y con toda seguridad si se le hubiera tomado un IQ habría resultado desbalanceado. Por eso creemos que la solución en casos de genialidad sólo puede ser cualitativa y no cuantitativa; además de que no es posible obtener resultados certeros e indiscutibles; ello hace que el problema de comparar las grandes inteligencias presente un renovado interés. En lo que sigue presentamos algunas especulaciones al respecto que no tienen más pretensión que la de entretener y proporcionar alguna información al lector.

Planteada la pregunta se dan de inmediato las dificultades porque aunque es cierto que el genio es escaso, la historia es larga y la cantidad de genios que en el mundo han existido es impresio-

nante. Si al lado de los artistas y pensadores se tiene en cuenta a los hombres de acción la cantidad aumenta todavía. Se presenta, así, un peligro difícil de vencer: el de los gustos personales. Si se tienen gustos intelectuales, Platón o Newton nos darán la impresión de ser la cumbre de la inteligencia, etc. A pesar de ello intentamos la aventura; sabemos que sea cual fuere nuestra opinión, ésta puede ser controvertida. Pero nos consuela pensar que lo mismo le pasaría a cualquier otro.

Para llegar a una opinión que sea lo más objetiva posible tenemos que proceder por eliminación. Aplicamos el método dicotómico (la división en dos especies diferentes). ¿Para qué se necesita más inteligencia, para ser un hombre contemplativo (arte, ciencia, filosofía) o un hombre de acción? Reconocemos que zanjar la discusión es imposible; pero nos decidimos por el hombre contemplativo. Hay a favor de él un argumento que nos impacta. Cuando la acción se complica el hombre de acción necesita un auxiliar: la computadora. En la actualidad ningún hombre de acción, ya sea en el campo de la política, de los negocios, de los conflictos bélicos de la industria, etc., puede prescindir de computadoras; y las computadoras, a no dudarlo, han sido inventadas por los hombres de pensamiento. En último término es el pensamiento el que rige la acción (aunque se constituya a partir de ella).

Dividamos ahora a los contemplativos en artistas y pensadores. Aquí el problema es más difícil todavía porque entre el arte de un lado y la ciencia y la filosofía del otro, no hay términos de comparación. Es imposible saber quién es superior, si el genio artístico o el genio de pensamiento (científico o filosófico). Pero si suponemos que el arte es algo que está un poco más allá de la inteligencia podemos eliminarlo. Sin creer de ninguna manera que la ciencia o la filosofía son superiores al arte se puede afirmar que el artista genial no utiliza la inteligencia abstracta para realizar sus creaciones. Su genio se desenvuelve en las misteriosas tierras de la institución, de la inspiración (a veces casi divina), de las imágenes; podemos, pues, dejarlo de lado y quedarnos con los hombres de pensamiento.

Llegados a este punto —criticable, lo sabemos, pero no totalmente absurdo— podemos intentar una decisión. Nuevamente encontramos una dicotomía: ¿quiénes son superiores, los científicos o los filósofos? Ahora sí nos es imposible decidir la cuestión. Pero nos atrevemos, sin embargo, a dar un veredicto porque nuestro candidato es un hombre que fue a la vez filósofo y científico. Este hombre es el famoso Guillermo Godofredo Leibniz, nacido en Leipzig (Alemania) a mediados del siglo XVII. Leibniz ha sido, con muy alta probabilidad, el hombre más inteligente de la historia por las siguientes razones: 1) la inconcebible cantidad de cosas en las que innovó y creó con una profundidad y un radicalismo incomparables; 2) su capacidad excepcional para tratar problemas científicos y filosóficos (cosa sumamente rara en la inteligencia humana; 3) su capacidad para abordar problemas tecnológicos, capacidad que lo sitúa cerca de los hombres de acción; 4) se adelantó a su época en tres siglos, cosa que nadie ha podido hacer nunca; salvo, tal vez, Leonardo Da Vinci (otro supergenio que además de científico fue artista, pero no fue filósofo y sus creaciones científicas comparadas con las de Leibniz fueron insignificantes).

Tratemos de enumerar, en la forma más breve posible, las principales creaciones de Leibniz. En filosofía creó nada menos que la lógica matemática y la metateoría, dos disciplinas que en los últimos tiempos han adquirido una importancia fundamental. Sus investigaciones en ambos campos fueron tan avanzadas que sólo en el presente siglo han comenzado a comprenderse en toda su significación. Creó, además, un lenguaje universal (el primero en la historia) utilizando métodos matemáticos y concibió el método científico de una manera tan avanzada que coincide plenamente con la concepción moderna. En matemáticas creó nada menos que el cálculo infinitesimal, gracias al cual se pudo efectuar la revolución industrial que ha impuesto su sello definitivo al mundo moderno. En física fue el primero en concebir el concepto de energía cinética y de la conservación de la energía, conceptos centrales de la ciencia moderna. Tuvo, además, una clara idea de la relatividad del espacio y del tiempo, siendo el primer precursor de la teoría

de la relatividad de Einstein. En derecho fue el primero en concebir una sociedad de naciones que pudiera imponer la paz de manera efectiva. Concibió, además, la idea de un derecho procesal mecanizado para evitar las desviaciones subjetivas de los jueces. Se le considera, por eso, como el precursor de la jurimetría. En historia renovó la historia de Alemania y fue el precursor de la moderna concepción historicista. Como si estos aportes fueran pocos, inventó una máquina de calcular que podía sumar y multiplicar. Fue, a no dudarlo, el precursor de la cibernética. Si después de lo dicho no hemos logrado convencer al lector de nuestra tesis tenemos la esperanza de que por lo menos la considerará con cierto respeto.

Anexo N.º 4

Vida, doctrina y obras de Arthur Schopenhauer

Nació en Danzig (1783-1860). Dedicado primero al comercio a instancias de su padre, abandonó esta actividad a la muerte de éste y cursó filosofía en las universidades de Cotinga y Berlín. Docente privado en esta última ciudad en 1820, pero sin conseguir el éxito esperado, viajó durante largo tiempo por Alemania e Italia retirándose, en 1831, a Fráncfort del Main donde permaneció hasta su muerte. El carácter personal de la filosofía de Schopenhauer y sobre todo su oposición al hegelianismo, entonces triunfante, hizo que sólo hacia mediados de siglo obtuviera resonancia, en especial en sus aspectos ético y estético. Schopenhauer rechaza el método y el contenido de la filosofía romántica, pero se opone no menos decididamente al racionalismo entendido en el sentido de la Ilustración. La razón como análisis intelectual no es más que una derivación de la intuición primaria, genial, absoluta.

Apoyándose explícitamente en Kant y en Platón, así como en la especulación metafísico-religiosa del budismo, declara que el mundo tal como es dado es solamente representación. Pero esta tesis no es todavía una explicación del mundo; significa que los objetos del conocimiento no tienen una realidad subsistente por sí misma, que son meramente el resultado de las condiciones generales de su posibilidad: el espacio, el tiempo, la causalidad y, en postrera instancia, esta última, único residuo de la tabla kantiana de las categorías. La causalidad en cuanto tal, se manifiesta como

fundamento o razón suficiente: en la relación que encadena las impresiones sensibles y que, por lo tanto, se refiere al acontecer en el reino inorgánico y orgánico de la Naturaleza en la relación lógica con que son encadenados los juicios del entendimiento; en las intuiciones puras de la continuidad (espacio) y de la sucesión (tiempo); en las motivaciones de los actos voluntarios del sujeto. Estos cuatro aspectos de la causalidad son las cuatro raíces del Principio de Razón Suficiente, la categoría general que sintetiza todas las formas de la intuición y que fundamenta toda diferencia, pues ésta no es más que una apariencia, una manifestación de la realidad única de la verdadera cosa en sí, del fundamento del mundo: la voluntad.

La representación es, por consiguiente, el mundo tal como es dado en su inconsistencia, en su engañosa y aparente multiplicidad. Preguntarse por la realidad verdadera y única es preguntarse por lo que se encuentra tras la apariencia, por lo que sólo depende de sí mismo, por lo absoluto. La primera respuesta a esta pregunta es el resultado de una intuición de sí mismo, de una experiencia interna en la cual el sujeto interrogante se conoce como voluntad. El paso del mundo como representación de la voluntad se halla constituido por la intuición de la propia voluntad del sujeto, primer estadio en el camino que conduce a la generalización de la voluntad única como el ser verdadero. El cuerpo del sujeto se revela como expresión de la voluntad, como su manifestación o, mejor dicho, como su objetivación, pues la voluntad se ofrece como esencia en sus distintos órganos. Esta voluntad es, en principio, irracional; la interferencia de la voluntad con el entendimiento en las motivaciones no es razón suficiente para ignorar la fundamental irracionalidad y ceguera del impulso volitivo, que es inexplicable porque posee sólo en sí el fundamento de su explicación.

Y, por otro lado, la revelación de la voluntad en el sujeto es simplemente un caso de la manifestación de la voluntad en el mundo; la voluntad como principio independiente, irreductible, como ser que posee en él su principio de razón suficiente; es a la vez la esencia de todas las cosas, lo que hace que todas las cosas sean

únicamente sus objetivaciones. Schopenhauer intenta mostrar en todas partes la presencia de la voluntad: en las formas inferiores de la naturaleza inorgánica, donde la individualidad no se ha formado todavía y donde impera el mecanicismo de la ley causal; en las formas de la naturaleza orgánica, que responden a los estímulos de un modo inconsciente; en las formas superiores de la conciencia, donde la causa mecánica y el estímulo son sustituidos por el motivo y donde el mundo es dado simultáneamente "como voluntad y como representación". La voluntad es única y absoluta la representación, en cambio, es la imagen del mundo como una pluralidad que tiene su causa en el espacio y en el tiempo, que son, según Schopenhauer, los verdaderos principios de individuación.

La mencionada pluralidad de las apariencias se atenúa, sin embargo, al agruparse las cosas en géneros y al constituir una jerarquía que va desde lo inorgánico hasta la conciencia que el sujeto tiene de sí mismo. Los géneros que comprenden estas agrupaciones son identificados por Schopenhauer con las ideas de Platón; son, por lo tanto, tipos eternos en medio del continuo devenir de las cosas; son, por decirlo así, seres intermediarios entre la absoluta unidad de la voluntad y la aparente pluralidad del mundo. En las ideas se manifiestan lo que es unitario en el conjunto de los grupos de fenómenos de la naturaleza: son las fuerzas no sometidas ni al tiempo ni al espacio; lo que resulta cuando la voluntad se objetiva en los distintos grados del ser contemplación de las ideas es lo que permite al hombre como sujeto poseedor de voluntad desligarse poco a poco de la irracionalidad de ésta, del dolor que la voluntad produce al consistir en un afán perpetuo jamás satisfecho. La voluntad es el origen de todo dolor y de todo mal; querer es primordialmente querer vivir, pero la vida no es nunca algo completo y definitivo. Lo que a veces apacigua momentáneamente este perpetuo afán de vida es simplemente la falta de conciencia, el desconocimiento del carácter esencialmente insatisfactorio e irracional del impulso volitivo. Pero la conciencia, que descubre de modo tan claro el dolor de vivir, es a su vez el camino

que conduce a su supresión. Esta supresión se efectúa por una serie de fases que van desde la contemplación de las ideas hasta la negación consciente de la voluntad de vivir. La contemplación desinteresada de las ideas es un acto de la intuición genial artística. El hombre vulgar permanece siempre ante el mundo como un ser inconsciente, que busca sin conseguirla la satisfacción de sus apetencias vitales; el artista, en cambio, llega por medio del arte a la contemplación de las primeras objetivaciones de la voluntad y, con ello, a su dominio. El arte revela las ideas eternas a través de varios grados, que pasan sucesivamente por la arquitectura, escultura, pintura, poesía lírica, poesía trágica y la música. Esta última es ya casi una revelación de la voluntad misma, pues se halla más allá de toda representación espacial; es la expresión del sentimiento tal como es en sí mismo sin la vinculación a los motivos que lo han producido, la pura abstracción del dolor y de la alegría y, por consiguiente, la liberación del mal de la voluntad por su serena visión y su dominio.

Pero el arte es, con todo, un lenitivo momentáneo. Superior a él es lo que constituye el objeto de la ética del pesimismo, el último y superior estadio en el camino de la liberación del dolor: el conocimiento de sí mismo como conocimiento de la identidad esencial de todo lo que es. La voluntad en el hombre es, ante todo, un constante afán de vivir, un perpetuo deseo de satisfacer los apetitos vitales. Este afán convierte a la voluntad individual en egoísmo. Por este egoísmo se hace necesaria la protección de cada cual frente a toda posible injusticia. Nacen entonces el Derecho y el Estado no como manifestaciones de la justicia, sino como un instrumento contra las consecuencias del egoísmo humano, pues si el terror de la pena impide la injusticia, su móvil no es la defensa de lo justo. En la vida egoísta subsiste la apariencia de la pluralidad, pero el egoísmo es superado en el conocimiento de la realidad verdadera, de la unidad de todos los seres. Por ser, en el fondo, idéntico cada uno a todos los demás, puede cada cual sentir en sí mismo, con la misma intensidad, el dolor ajeno, puede padecer con el prójimo en el acto de la compasión. Dolor ajeno y dolor propio son apa-

riencias de un dolor único. La compasión es ya casi la supresión del dolor del mundo por la voluntad de vivir. Esta negación es, en realidad, el conocimiento perfecto de la servidumbre de la voluntad. Sólo porque la voluntad ha llegado a adquirir conciencia completa de sí misma, puede renunciar a sí misma, cifrar toda su aspiración en la resignación, en el ascetismo, en el autoaniquilamiento, en la inmersión pura en la nada. Schopenhauer refiere esta negación de la voluntad de vivir a la noción budista del nirvana donde cada ser vuelve finalmente a la identificación con el todo y, por lo tanto, a la supresión de su individualidad. Sólo en este estado de supresión de la individualidad pueden el sabio y el asceta alcanzar la tranquilidad completa y definitiva. Desde su fondo oscuro e irracional la voluntad llega a la nada por el camino de su propia renuncia. La filosofía de Schopenhauer, con su estimación de la intuición artística y de la música, así como por su moral del pesimismo, influyó sobre todo en la poesía y en el arte. Partidarios entusiastas de Schopenhauer fueron en sus primeros tiempos Richard Wagner y Friedrich Nietzsche, quien lo estimó como el verdadero educador de su generación.

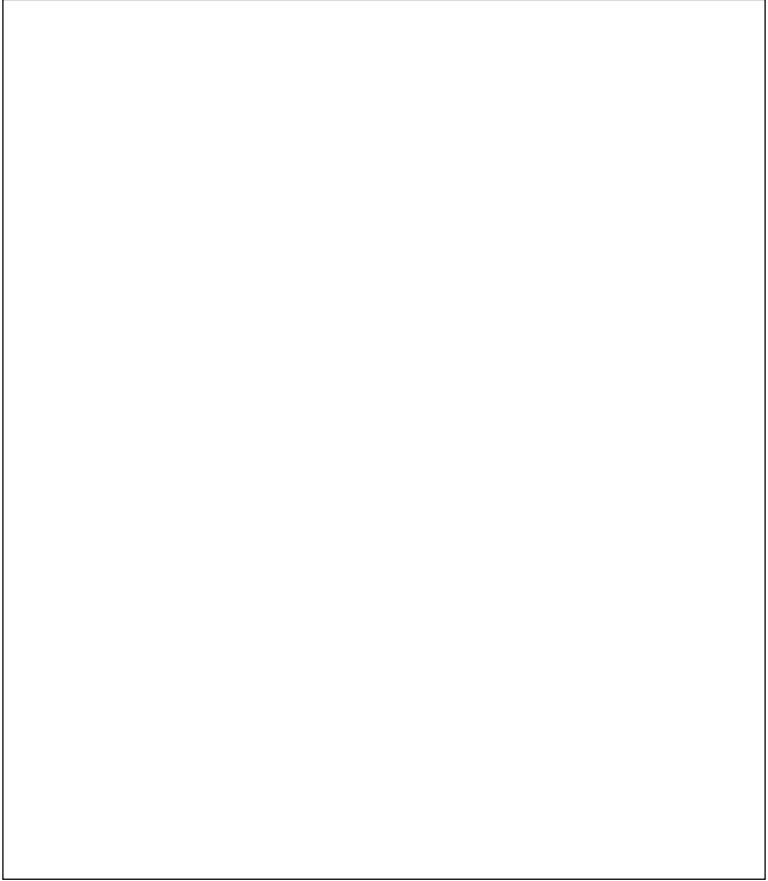


Foto Shopenhauer

Anexo N.º 5

Vida, doctrina y obras de Mariano Iberico Rodríguez

Nació el 11 de abril de 1892 y murió el 04 de julio de 1974. Egresado del Colegio Nacional San Ramón, de su ciudad natal, pasó a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (1909). Sucesivamente optó en ella los grados de Bachiller (5 de noviembre de 1912) y Doctor en Letras (24 de julio de 1916), con su tesis sobre El carácter (inserta en la Revista Universitaria, año VII, vol. II, pp. 445-468 y pp. 561-588; Lima, XI y XII, 1912) y la filosofía de Henri Bergson. Bachiller (1917) y Dr. en Ciencias Políticas y Administrativas (1919) con su tesis sobre las Leyes económicas (en Revista Universitaria, tomo XIV, vol. II pp. 182-191; Lima VII-IX de 1919) y La Doctrina de Wilson. Bachiller (1918) y Dr. en Jurisprudencia (21 de noviembre de 1918), con su tesis sobre La voluntad contractual y Elementos psicológicos del delito; posteriormente obtiene el título de Abogado. Incorporado a la docencia, regentó en la Facultad de Letras la cátedra de Historia de la Filosofía Moderna (1919); posteriormente las de Filosofía Subjetiva, Historia de la Filosofía Antigua, Estética y (desde 1946) Filósofos Contemporáneos. Nombrado Vocal de la Corte Superior de Lima (1931-1934) pasó a la de Junín (1934-1936) y fue promovido a una vocalía de la Corte Suprema (1936-1943). Representó al Perú en el Comité Jurídico Interamericano, con sede en Río de Janeiro (1951); fue elegido rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (1952-1955) y ejerció el Ministerio de Educación Pública (diciembre de 1955). Su

obra denota la influencia de Bergson y Klages; pero muestra un sello original pues llegó "a una sugestiva doctrina de la animación del cosmos... iniciada en la superación del positivismo por la crítica del mecanicismo y la defensa de la evolución creadora (y que) ha venido a convertirse así en una doctrina metafísica de fuertes acentos místicos, al estilo neoplatónico" (A. Salazar Bondy). Destaca, por ello, como una de las figuras más representativas de la filosofía peruana contemporánea.

Obras: Una filosofía estética (1920), en la cual incluye su tesis doctoral y ensayos sobre la intuición: El nuevo absoluto (1926); La unidad dividida (1932); El sentimiento de la vida cósmica (1939 y 1946); Principios de Lógica Jurídica (1943); La aparición (1950), distinguida con el premio nacional otorgado en 1950 a los estudios filosóficos; Perspectivas sobre el tema del tiempo (1958); El espacio humano (1969); y La aparición histórica (1971). Además editó un tratado de psicología (1933, 1935, 1950) en colaboración con Honorio Delgado; así como ensayos igualmente apreciables por la tersura de su estilo y la penetrante nitidez de su pensamiento: Notas sobre el paisaje de la sierra (1937) y 1963; Jorge Manrique, poeta de la añoranza (1951) y Estudio sobre la metáfora (1965).

Anexo N.º 6
Homenaje a
Mariano Iberico Rodríguez

Lima, 25 de abril de 1973

Este anexo constituye la estructura de un conjunto de discursos cuya esencia y valor de cada uno de ellos erigen la belleza y la infinitud de la vida intelectual pedagógica y jurídica de un gran maestro sanmaquino; a quien en vida los alumnos y maestros universitarios de la cuatricentaria casa del saber y Decana de América le tributaron con los honores de la sabiduría imperecedera. La ceremonia fue conducida por sus discípulos y amigos de la universidad, entre ellos:

Dr. Juan de Dios Guevara, Rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Dr. Francisco Miró Quesada Cantuarias, representantes de la Academia Peruana de la Lengua y profesor de la UNMSM.

Dr. Víctor Li Cardillo, profesor de la UNMSM.

Dr. Jorge Guillermo Llosa, representante de la Sociedad Peruana de Filosofía.

Dr. Antonio Peña Cabrera, Director del Programa Académico de Filosofía de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM, y presidente de la Sociedad Peruana de Filosofía.

Y el último discurso del homenajeado, Dr. Mariano Iberico, queda impregnado como el sello final del gran jus filósofo y jus lógico, con las palabras de gratitud a nuestra universidad y por ende a la sociedad futura y a la vida que le permitió cultivar sabiamente.

Me permito insertar estos discursos como testimonio de que los sanmarquinos sabemos reconocer y valorar a quien de verdad puso su vida al servicio de la juventud de San Marcos y de nuestra patria. Por ello creo que debemos conservar por siempre esta tesis, fruto de varios años de investigación sobre Mariano Iberico que con justa razón y una razón suficiente figura entre los más grandes pensadores peruanos.

DR. Juan de Dios Guevara
Rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos

La Sociedad Peruana de Filosofía, la Academia Peruana de la Lengua y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos han organizado esta ceremonia de homenaje para honrar al eminente maestro, jurista y filósofo, doctor Mariano Iberico Rodríguez. No es un homenaje a su longevidad. El homenaje va más lejos y va más hondo. Es el reconocimiento colectivo que se rinde a la vastedad de la obra que ha realizado a lo largo de su vida y a la calidad superior de esa obra.

En efecto, pocas veces se puede apreciar una labor cumplida con tanta eficiencia, con tanta calidad humana y con tanta honestidad como en el caso del doctor Iberico Rodríguez que realmente hace se le considere un ejemplo de maestro. La labor cumplida por nuestro distinguido homenajeado será objeto de un análisis amplio por brillantes profesionales y maestros y estoy seguro de que cada uno destacará sus aspectos más importantes porque no sólo es meritoria la actividad desarrollada por el doctor Iberico, sino que es también amplia y fecunda.

En San Marcos su trayectoria como maestro es recordada con cariño y emoción por centenares de discípulos que recibieron sus enseñanzas de alta calidad científica y profundo valor humano. En el cargo de Rector que desempeñó con verdadera eficiencia el doctor Iberico, dejó el recuerdo de su gran trato humano con profesores, alumnos y empleados. En el campo de la filosofía son muchas las obras, fruto de su experiencia e investigación, que consti-

tuyen valiosos aportes a la ciencia y a la cultura peruana. En el aspecto jurídico el doctor Iberico no sólo fue un magistrado probo sino que sus amplios conocimientos del Derecho concedieron a sus informes y dictámenes realmente un valor académico y jurídico.

Su presencia, pues, en la universidad, en la docencia o en la investigación, así como en las funciones directrices, ha sido de constante peregrinaje educativo, de peregrinaje espiritual, ambicioso de meditación. Toda su obra demuestra la vocación de quien, por encima de todo, se siente maestro sincero, veraz. Desde los altos cargos que le ha tocado desempeñar ha estado identificado con la inmensa tarea universitaria y con la tesis de que es de sus profesores de quienes la universidad espera principalmente su fórmula de salud; que en esta comunidad de la cultura son los profesores los que deben determinar su rumbo; de que la universidad espera que sus profesores estén siempre a la altura de su misión. Bien sabemos todos que no habrá reforma educativa que fructifique si ellos no la secundan; que no habrá fórmula de superación académica si ellos no la prohíjan y la implantan. Que sin su cooperación, sin su entusiasmo, nada grande podrá lograrse en la universidad.

El mérito del ilustre maestro Iberico Rodríguez no se circunscribe al campo de lo académico y lo docente; estriba también en su calidad humana superior, en la honradez y en la rectitud de su vida, en el desinterés con que ha caminado por el mundo. Se trazó, cuando joven, una ruta; se forjó un ideal de vida y a él se ha mantenido fiel. Ha vivido de acuerdo con lo que ha pensado, con la suprema honradez del que actúa como predica y del que puede ofrecer a sus alumnos, como la mejor enseñanza, el reflejo mismo de su vida. De esta noble fusión de atributos, la del profesional atento siempre a renovarse, la del profesor fiel a su vocación de enseñanza y la del hombre que sabe hermanar sus ideales con sus obras, está hecha la calidad suprema a que puede esperar un universitario. El maestro Iberico es arquetipo de esta forma de vida superior. Por eso la Universidad Nacional Mayor de San Marcos ha querido sumarse al homenaje y viene aquí, por mi voz, a decir su agradecimiento a este noble forjador de juventudes.

Señores, dentro de breves instantes vamos a escuchar diversos aspectos de la labor cumplida por nuestro insigne maestro y se destacará con brillo inigualable la amplitud y cultura, la profundidad del sentido filosófico y el cariño que siempre puso en su enseñanza el doctor Mariano Iberico; entonces recogeremos el aplauso de generaciones que han recibido su enseñanza y que ahora lo rodean con su afecto para pedir a Dios que siga viviendo muchos años como ejemplo permanente de virtudes humanas y cristianas.

Dr. Antonio Peña Cabrera
Director del Programa Académico de Filosofía de la UNMSM
y Presidente de la Sociedad Peruana de Filosofía

La Universidad Nacional Mayor de San Marcos, la Sociedad Peruana de Filosofía y la Academia Peruana de la Lengua han organizado este homenaje al Dr. Mariano Iberico Rodríguez no sólo para reiterar públicamente el testimonio de admiración y simpatía al pensador de fibra, al maestro universitario elocuente y sabio, al hombre acogedor y bueno, de trato fácil y ameno; sino también y sobre todo para acentuar la significación histórica de su obra, en particular de su filosofía sorprendentemente original, forjada y perfeccionada a lo largo de 60 años de sostenida reflexión filosófica.

Vale recordar en esta ocasión que el primer libro de Iberico, *El carácter*, salió a luz hace justamente 60 años (1913) y el último, *La aparición histórica*, fue presentado al público hace pocos meses en esta misma casa de San Marcos. La filosofía de Iberico es una consonancia entre el sentimiento del paisaje y la comprensión de la cultura ante una fina reflexión filosófica. De allí que sus metáforas estén transidas de lirismo y su expresión tenga siempre una cierta musicalidad. Con esto, sin embargo, quiero decir más: Iberico es un pensador que siente el paisaje y la naturaleza como una animación de formas y colores, de luces y sombras, de superficies y profundidades; pero que a la par aprecia la elaboración conceptual de la cultura occidental con cuya apropiación su meditación

se afina y agudiza y está abierto a ponderar los puntos de vista de pensadores y místicos europeos y orientales con los que su visión de la realidad se ensancha y profundiza.

La tensión viva que producen la fuerza telúrica y la cultura occidental y oriental en el alma de Iberico explica quizá el caso insólito de un pensador auténticamente peruano con dimensiones universales indiscutibles. Nadie en nuestro medio —que yo sepa— ha sabido alimentar la reflexión filosófica con el sentimiento vivo de la naturaleza. Allí está como testimonio su bellissimo libro *Notas sobre el paisaje de la sierra*; pero, por otro lado es sabido que Iberico ha ensanchado con originalidad las dimensiones de la filosofía de Bergson y le ha dado momentos hermosos de cristalizaciones espirituales para superar el mero vitalismo de ésta. Y es que él tiene una fina sensibilidad para sentir a la par la fugacidad de las formas sensibles y el cambio incesante de las cosas, por un lado, y la nostalgia por lo ido y la tristeza de las formas sin ser aparecidas en el recuerdo, por el otro. Así se explica la tensión existencial entre el aparecer que huye y el ser que permanece sin que en la realidad haya aparecer sin ser ni ser sin aparecer.

Permítaseme aquí a modo de introito señalar algunos rasgos de significación histórica de la obra de Iberico, lo hago con cierto temor de pecar por defecto y de inexacto:

1. La obra de Iberico significó en nuestro país, en primer lugar, la superación del positivismo comtiano y spenceriano reinante a comienzos del siglo en nuestros círculos universitarios: J. Prado y Villarán eran los más claros exponentes de esta dirección. El mismo Iberico en su obra de juventud, *El carácter*, no escapa a las influencias de las corrientes empiristas y asociacionistas. No obstante, que el bergsonismo se difundía entonces en los cenáculos universitarios con Deustua y sus discípulos: Dulanto y Borja García, es Iberico el que tiene en esta línea de pensamiento mayor y mejor eco en el medio cultural peruano, latinoamericano y hasta europeo; recuérdese no más que la disertación doctoral de Iberico, que versó sobre el pensamiento bergsoniano, fue elogiada por el propio Bergson en una carta memorable al autor. La elegante, pro-

funda y exacta exposición del pensamiento de Bergson que hace Iberico despertar hacia él voces de elogio y admiración como pocas veces ha sucedido en nuestros medios universitarios. Podría entonces decirse que Iberico es el representante más notable e importante de ese movimiento filosófico peruano que Salazar ha denominado “La reacción espiritualista”.

2. En la obra de Iberico, sobre todo en el Sentimiento de la vida cósmica (1939) se hallan advertencias proféticas de los efectos deshumanizantes del desarrollo mecanicista, desvitalizado e impersonal, que con el correr del tiempo se ha automatizado y autonomizado a tal punto de convertirse en uno de los riesgos más grandes de la civilización occidental. Pero para Iberico el desarrollo del orden “mecánico” es más grave porque nos distancia del sentimiento vivo de la naturaleza y del paisaje. En efecto, el orden mecánico es el reverso y la negación del orden rítmico y vital de la naturaleza, que es el que provoca ese sentimiento estético de una presencia íntima aunque distante, que nos llena de gozo y de sentido de la realidad.

3. El tercer rasgo es la novedad de su doctrina sobre el aparecer. Iberico rechaza por estériles y abstractos los reduccionismos, sean materialistas o idealistas, fenomenistas o trascendentalistas. Y la fenomenología aunque no la rechaza expresamente la pone sin embargo de lado porque en el intuicionismo eidético no se dan más que las formas sin el individuo, las esencias sin la existencia, esto es lo muerto. De allí que no intenta lo imposible: acercarse a lo concreto individual por medio de este tipo de intuición. Iberico sugiere una filosofía del aparecer. La realidad, según él, no está separada de lo que aparece y se siente. Lo que supone por un lado que el ser tiene una vocación de aparecer y el aparecer es aparecer al alma. Por otro lado, el ser es el sentido del aparecer, es su realidad. De esta manera se ve que el ser se aparece por necesidad al alma y que el alma no tanto se abre cuanto se proyecta en el ser en un sentimiento de participación y de comunidad.

El medio de conocimiento antes que la inteligencia abstractiva y universalizante es la intuición “que capta al mismo tiempo el

ser y el aparecer en la tensión que al par que los opone puede revelarnos el verdadero sentido de la realidad que es procesión y retorno, algo así como un flujo y reflujo que va del ser al aparecer y de éste a aquél". Éste es el aporte filosófico más interesante que conozco a fin de superar los dualismos metafísicos sin caer en los reduccionismos.

4. El cuarto rasgo es el de afirmar, en superación del bergsonismo, la vocación plástica de la vida, su tendencia a la forma y a la perennidad; aunque ello no niegue la animación y el fluir que es propio de la vida, sino sólo señale los instantes de cristalizaciones de formas, esto es, de claridades espirituales que se abren como superficies de luz en el flujo de la vida.

5. El quinto rasgo es la idea de creación. La creación, decían los escolásticos, es la unión de la esencia y la existencia. Para Iberico es la unión del ser y del aparecer; es en la conjunción ligativa donde se oculta el misterio de la unión, de la separación y del tránsito. En la "y" está el alto misterio de la creación. Quedan por cierto muchos aspectos interesantes de la filosofía de Iberico por señalar y no me atrevo ni siquiera a mencionarlos por la brevedad del tiempo disponible y porque los oradores que me siguen en el uso de la palabra los destacarán sin duda.

Para cerrar mi intervención quisiera agregar, y sólo a modo de testimonio personal, lo siguiente: los libros de Iberico no se leen como un cuerpo de doctrina, aunque la contienen, ni como un conjunto de lucubraciones abstractas y secas, sino más bien como el testimonio de poderosas vivencias en un mundo mágico, animado y poético. Lo que no niega ni mucho menos su valor altamente filosófico. Y es que la verdad para Iberico no es la escolástica *adaequatio rei et intellectus*, la correspondencia de la representación y el objeto, o de la preposición y lo que ella enuncia, sino la armonía entre la expresión y el sentido, entre el símbolo del aparecer y el sentimiento del destino: la realidad está en el alma y en el todo que se le aparece.

Dr. Jorge Guillermo Llosa
Sociedad Peruana de Filosofía

Los ritos de homenaje se distinguen, ciertamente, entre las más hermosas formas como la sociedad humana recurre a los símbolos para levantarse sobre sí misma y comunicarse en aquello que tiene de ejemplar, noble y representativo. La idea del modelo, del canon moral al que deben aspirar los hombres mejores, fue cultivada concientemente en la antigua Grecia como forma de la paideia, de la educación por la virtud. Los premios cívicos o literarios, los juegos sacros y los elogios oratorios tenían el claro designio de proponer modelos que debían inspirar la emulación de los ciudadanos presentes y de las generaciones futuras.

En la historia de la cultura los filósofos no han sido a menudo exaltados como ideal sino, por el contrario, combatidos y señalados cuales elementos peligrosos frente a las tradiciones establecidas. La apología de Platón, “del más sabio y más justo de los hombres” y la de Montaigne, de Raimundo Sabunde son en verdad una defensa de esta vocación ingrata y egregia que es la del pensamiento independiente. Por ello poquísimos son los que, al decir de Galileo, “merecen el venerable título de filósofo”. Reconocer a un hombre su autenticidad filosófica es ya tributarle el más raro y precioso elogio.

Los filósofos —sospechosos de rebeldía o herejía— uníanse antaño en sociedades secretas. La evolución de los tiempos ha transformado a este temido gremio en una benemérita corporación de pensadores que cultivan una actividad científica. La Sociedad Peruana de Filosofía rinde hoy homenaje a uno de sus fundadores y al hacerlo creo que interpreto el sentimiento unánime y profundo de sus miembros, diciendo que vemos en él no solamente al pensador solvente, de fibra y de raíces, sino al sabio entregado con humildad y con amor a la vocación modeladora de su vida. El maestro, cuyos ochenta años de vida hoy celebramos, es un joven enamorado de las ideas y un creador fecundo que en estos últimos tiempos ha venido entregándonos lo más sazonado de su pensa-

miento. Es esta calidad moral, esta actitud ejemplar de filósofo, la sombra bienhechora que su imagen proyecta sobre nosotros y que, como primer deber de orador quiero proponer, cual pórtico propicio, a la mirada de ustedes.

Como en todo ritual simbólico, en esta ceremonia son innecesarios los detalles explícitos y el peso de los documentos. De la ingente y prolongada creación de Iberico no quiero traer aquí una pretendida síntesis ni una traicionera semblanza. Su obra demanda holgura de tiempo y de capacidades. No disponiendo, personalmente, ni de lo uno ni de lo otro, quiero solamente insinuar con algunas alusiones lo que Iberico filósofo significa como motivo de nuestra gratitud y de nuestra admiración.

La misión del intelectual y del filósofo en particular, en una sociedad subdesarrollada, es un tema que justamente preocupa nuestro interés. Pero antes de discernir la misión del filósofo podríamos retroceder a las primeras décadas del siglo y preguntarnos si era posible siquiera la existencia de alguna filosofía entre nosotros. La tendencia natural en una sociedad sin apremios, estímulos ni resonancias intelectuales; es el simple retraimiento frente a la cultura, la pura y llana ignorancia o, lo que es peor, la imitación de lejanos y mal conocidos modelos como medio de prestigio social para general contentamiento y recíproca lisonja entre los miembros de una minoría. La estimulante personalidad de Deustua y la renovadora influencia de Bergson forman como una conjunción planetaria que decide la vocación del joven Iberico. Desde sus primeros trabajos se advierte en él una austera disciplina intelectual, el conocimiento directo de los autores, el dominio de un aparato conceptual, el desarrollo de un pensamiento que es original y creador porque dimana de la reflexión personal frente a las propias inquietudes y a los problemas concretos de la cultura de su tiempo y de su medio. El rigor y la autenticidad se confunden así en una actividad inicial que irá desplegándose con el tiempo pero sin variar la enjundia genuinamente filosófica de su origen. La pregunta por el ser —presente en las obras iniciales de Iberico— lo coloca de lleno en el centro de la especulación viva.

Bajo todas sus formas y apariencias la interrogación de la filosofía va siempre al ser de las cosas, al ser en sí y a la manifestación del ser a la conciencia, o sea, al conocimiento. Vemos por ello que en la obra de Iberico no hay flujos ni vaivenes, según los vientos y las modas, sino que se mantiene enhiesta, “insiste” y “subsiste” para emplear expresiones de Heidegger, en el asunto central del filosofar. Su pregunta ontológica era viva y actual cuando, en tiempos de Bergson y de Freud, se interrogaba por la realidad del espíritu y del hombre; y sigue siéndolo ahora que nos acosa la angustia de saber qué somos en un universo matemático, prisioneros de lenguajes cada vez más formalizados que es preciso dominar, insertos en sociedades emergentes dentro de un mundo cernido por la demencia destructiva. La actitud acendradamente teórica de Iberico lejos de huir de la realidad nos llama enérgicamente a permanecer en nosotros mismos, clave de todas las realidades. En una sociedad subdesarrollada la actitud filosófica de Iberico representa una señal temprana de independencia mental, la afirmación de una conciencia que se universaliza a partir de sí misma. Por eso, por su verdad intrínseca, ha merecido el respeto y el elogio de escritores peruanos de distintas tendencias como Mariátegui, Belaúnde y Salazar Bondy y puede representar dignamente ante el mundo el pensamiento de nuestra patria.

Si la pregunta por el ser es lo universal en la filosofía, las respuestas de Iberico constituyen su contribución personal al diálogo inextinguible de los filósofos. Sería fácil transponer a un esquema gráfico las relaciones de los filósofos con el Ser. Encontraríamos así claramente ubicados a quienes dan la primicia al Ser, entendiéndolo ya sea como Dios, espíritu, materia u objeto y a los que exaltan al Yo que interroga, sea éste sensación, idea, alma o pensamiento. La comunicación entre los dos extremos —el Yo y el Ser— originaría una nueva clasificación de relaciones ontológicas y teorías del conocimiento. Imaginado este ideograma podemos ensayar una filiación o entronque intelectual de Iberico. Como sustento de su filosofar encontramos una resuelta convicción en que el ser es real y es conocible; lo vemos así alejado del escepticismo

sensualista, tanto como del nihilismo ontológico o de la parálisis crítico-racional. Su idea del ser no se solidifica en un concepto rígido, no ha hecho del ser un ídolo al que sea preciso adorar, el ser para él no es una cosa, ni siquiera un ente intelectual. El ser más bien está antes de las cosas, las presupone, está en ellas sin confundirse. Para Iberico el Yo no se reduce a una facultad psicológica ni a un apriorístico intelecto colocado frente a las cosas; es el ámbito temporal en el que el ser se revela. La realidad esencial, que no se agota en las artificiales nociones de sujeto y objeto; fluye en el proceso de la aparición revelando el sentido del mundo. La realidad del ser se expresa en símbolos, es un lenguaje.

Se ha querido precipitadamente clasificar a Iberico tomando como representativo en él lo que no es sino algún aspecto exterior de su pensamiento. Evidentemente podemos identificar las consonancias místicas, panteístas, neoplatónicas y muchas otras sin que ellas nos den la clave de su original perspectiva. En la filosofía de la aparición el diálogo es universal; el ser es todo el sujeto —su pensamiento, su psiquis, su experiencia, su circunstancia histórica—; no hay propiamente objeto —¿cómo podríamos dialogar con objetos?— sino la presencia total del mundo que es plena en la medida en que es significativa. El diálogo puede verificarse en el ámbito mudo y silencioso del éxtasis, en el marco riguroso de las construcciones científicas o en la sinfonía de las formas artísticas.

Esta filosofía radicalmente humanista exige un dominio profundo de las formas con las que en el hombre se realiza esta constitución de la realidad. Iberico ha cumplido parte importante de esta tarea en páginas admirables dedicadas al sentimiento de la vida cósmica, al tiempo y al espacio humanos y a la aparición histórica. En los libros consagrados a estos temas hay explícito un planteamiento filosófico —que despliega la sustancia de La aparición—; pero también está aquello que se quiere demostrar, o sea, la presencia real del ser al alma, que se alcanza por la suscitación poética, la evocación en la profundidad de los recuerdos, la movilización inteligente de la aparición histórica desplegada ante nuestros ojos como un mosaico suntuoso.

La obra filosófica de Iberico, orgánica y armoniosa, demanda de nuestros ambientes responsables una atención mayor de la que hasta ahora ha recibido. No es suficiente el difundir su pensamiento a través de síntesis o interpretaciones por más fieles y respetuosas que ellas sean. La obra de Iberico está viva y lo que necesitamos es que continúe prosperando y dando frutos. Debemos, nosotros y las nuevas generaciones, filosofar desde ella y con ella. Se hace impostergable una edición crítica de sus obras completas o, al menos, una primera antología razonada. La Universidad de San Marcos debe proveer una cátedra de estudios ibericanos para tomar el relevo e investigar las vías que él ha abierto. Nuestra juventud, desde la edad escolar, debería familiarizarse con algunas páginas, tan universales y tan peruanas, de su obra. Que este acto de homenaje no sea el saludo a una obra inmovilizada en su perfección sino, a ejemplo de sus enseñanzas, algo que viene de la vida y se dirige a la vida.

DR. Francisco Miró Quesada C.
Academia Peruana de la Lengua

Allí estaba delante de mí. Delgado, fino, modesto. Su presencia no tenía la pedante agresión del profesor que se siente serlo, sino la irradiación envolvente del maestro cuyo único afán es revelar el mundo maravilloso en que vive. Era mi primer día en San Marcos. Después de haber cursado Letras en la Católica, me había trasladado a la Casona atraído por los grandes nombres y por su vieja tradición cultural. El nombre más famoso de la filosofía sanmarquina era el suyo. Y allí lo tenía ahora, disponiéndose a hablar. Mariano Iberico iba a comenzar la primera clase del curso de Historia de la Filosofía Antigua. Era el mes de mayo de 1938. Comenzó con la filosofía eleática. Parménides el primer filósofo que nos habla del ser, y de la razón como apertura hacia el ser, que nos dice que el ser y la razón son la misma cosa. Parménides, el hombre que impone un sello definitivo al pensamiento del hombre, la fuente originaria, la gónada fecunda de nuestro propio mundo.

Su voz dorada llenaba la clase, no con palabras retumbantes sino con rítmicas modulaciones poéticas. Era como si una suave corriente marina arrastrara nuestro barco sin esfuerzo hacia nuevos derroteros. El silencio del auditorio era absoluto. Era imposible no escucharlo. Hablaba por inspiración a pesar de que nos comunicaba conocimientos. Nunca había escuchado ni visto algo semejante: comunicar la ciencia por medio de la poesía. Parménides, Empédocles, los presocráticos, y luego Platón. Cuando abordamos al más grande de los filósofos, el curso llegó a alturas zenitales. El mundo increíble de Platón se desplegó ante nosotros como una sinfonía de ideas. La crítica de los sofistas, la crítica del conocimiento sensible, la ascensión al mundo de los eidos, la mimesis, la métexis. La alegoría de la Caverna, el transcurrir de las sombras, el trabajoso camino hacia la luz, el deslumbramiento del gran mediodía, cuando refulge la verdad, la liberación final.

Y así, día tras día, avanzábamos por un sendero de maravilla, envueltos en ideas y en poesía, ebrios de forma, asombrados por el fondo que se revelaba, abismático. Un curso sin nubes, sin oscuridades, en el que se vivía plenamente la aventura del filosofar y se bebía con avidez la diáfana revelación de un mundo de belleza deslumbrante y de profundidad insondable. Era imposible pasar por el curso de Mariano Iberico sin recibir una influencia definitiva. Sobre todo si se escuchaba al maestro en la edad de las primeras vocaciones. Fue ese año, precisamente, 1938, cuando decidí dedicar mi vida a la filosofía. Y no me cabe la menor duda de que la enseñanza de Mariano Iberico constituyó un factor importante en mi decisión. Su importancia fue doble. De un lado intensificó la impresión que tuve desde mi primer año de Universidad, de que quien ama de verdad el conocimiento tiene que terminar, tarde o temprano en la filosofía. Por otro lado, me reveló un hecho fundamental que, tal vez, si no hubiera sido por las enseñanzas del maestro, nunca habría captado: que la verdad no puede separarse de la belleza, que la razón no puede prescindir del ser, que el rigor intelectual, por más grande y perfecto que sea se sostiene, en último término, en el mundo del misterio, que la opacidad es con-

dición indispensable para que la luz del conocimiento refracte la verdad última de las cosas.

Ya en ese entonces, estaba convencido de que el conocimiento debe ser riguroso. Creía firmemente, y creo que con razón, que el ideal de todo conocimiento debe ser la claridad, la exactitud, el rigor. Y creía también que el ideal de claridad y rigor era difícil de alcanzar. El tiempo confirmó mis creencias. Por lo menos en lo que a mí concierne, sólo a través de una larga askesis logré aproximarme, aunque de manera limitada y modesta al ideal de exactitud que me había forjado. Conforme avanzaba en el camino emprendido, iba descubriendo mundos extraordinarios, sistemas simbólicos, métodos algorítmicos productos de las más modernas conquistas de la razón, que permitían poner en revisión las grandes teorías clásicas y que habrían vetas nuevas en la exploración del pensamiento. Pero el descubrimiento y la aplicación de estos métodos significaban un peligro, un grave riesgo. La persecución del rigor, como la pesca submarina, produce una especie de mareo. El pescador submarino, fascinado por el espectáculo que descubre, se hunde cada vez más en el verdoso penitral del mar hasta que termina por perderse para siempre. De la misma manera el filósofo que persigue el rigor se emborracha de símbolos, de formas lógicas, de sistemas y teorías hasta que se pierde en la zarabanda sin término de las fórmulas. Puede entonces alcanzar conocimientos rigurosos, pero no logra romper la superficie. El rigor tiene un límite. Puede por cierto, llegar muy lejos, puede, incluso avanzar sin término. Pero nunca puede llegar a la meta. La aventura del rigor intelectual nunca termina. Mas quien se emborracha de rigor, pierde el sentido de la aventura y cree que ha logrado conquistar la verdad definitiva. Por eso podrá tal vez llegar a ser científico, pero nunca cuajará en filósofo auténtico.

El positivismo moderno es la manifestación más saltante de este dogmatismo del rigor. Todo lo que no es exacto, matemático, lógico, es eliminado de un plumazo. Todo lo que no satisface las exigencias del conocimiento perfecto es declarado sin sentido. La filosofía es podada hasta perder sus ramas y sus flores. Llega un momento en que no queda nada y en que, como todo ha perdido

sentido, los propios podadores dejan de comprender lo que están haciendo. Hoy día sabemos que los positivistas que odiaban la metafísica porque no era capaz de ofrecer proposiciones científicas, no hacían sino presuponer una metafísica más oscura que la que ellos mismos rechazaban. En la actualidad se considera un mérito que los positivistas comiencen a dejar de serlo y empiecen a reconocer el valor de las grandes tradiciones filosóficas.

Debo a Mariano Iberico no haber caído nunca en el círculo vicioso del rigor. Debo a su verbo inspirado, a su profundo conocimiento de lo que verdaderamente es la filosofía, el haber comprendido siempre que, por más que se haga, por más que se avance, hay siempre algo que nos rebasa. Al unir la verdad con la belleza, al revelarnos el poder del lenguaje literario para expresar el conocimiento objetivo, nos mostró que, más allá de ciertos límites, la razón científica pierde piso, y sólo puede seguir avanzando la razón poética. Mariano Iberico nos reveló a través de su enseñanza, la verdad de que, llegado a ciertas profundidades, el pensamiento sólo puede avanzar por medio de la metáfora y de la figura literaria. Tal vez, por eso, nadie como él ha escrito sobre el significado de la metáfora. Por eso, conforme fui avanzando por el camino del rigor fui comprendiendo que, debajo de las fórmulas, está lo que les da sentido y que su rigor depende de fuerzas y dinamisismos racionales que permiten alcanzar el conocimiento exacto en relación a la superficie, pero que, por eso mismo, no pueden ser conocidos con exactitud.

Mariano Iberico no nos hizo conocer solamente la parte negativa de la profundidad filosófica, el hecho indiscutible de que la claridad y la luz se fundan en abismos y penumbras. Nos hizo conocer también su aspecto positivo, nos hizo comprender que, sin la belleza de la forma y del verbo, no puede ascenderse a las grandes verdades. Nos hizo ver que hay un "rigor" de la belleza que permite avanzar más lejos que el concepto, que hay ciertas ideas supremas, ciertas verdades definitivas que sólo pueden captarse poéticamente. Nos hizo comprender que, en última instancia, pensamiento y poesía, filosofía y literatura provienen de una fuente común.

En su libro más reciente, *La aparición histórica*, nos dice, después de hacer un análisis magistral del famoso poema de Quevedo sobre Roma, que existen dos semánticas: una semántica de diccionario en que las palabras se definen por los caracteres lógicos de los conceptos que ellas encarnan y una semántica de la mística y de la poesía, en la cual las palabras poseen una significación ambivalente y pueden expresar al mismo tiempo opuestos lógicos o empíricos: el sí y el no, el ser y el no-ser, el negro y el blanco, etc. Por eso, cuando San Juan de la Cruz habla de “música callada”, la palabra “música” significa, al mismo tiempo y en plena violación del Principio de Identidad: sonido y silencio. Y cuando Quevedo habla de lo fugitivo que permanece y dura, la palabra “fugitivo” significa, a la vez, lo que fuga y lo que queda.

La filosofía y la ciencia han desarrollado al máximo la semántica de diccionario. Tanto es así, que hoy día cuando se analiza el concepto de teoría con rigor, se habla del alfabeto o diccionario de la teoría que es el conjunto de sus símbolos primitivos. Este análisis del concepto de teoría ha permitido calar muy hondo en el sentido del conocimiento científico. Pero el análisis llevado hasta las últimas consecuencias nos muestra que una teoría sólo puede servir para algo si se interpreta debidamente su “diccionario” y al hacer esto es imposible eliminar los significados intuitivos. Estos significados llevan, de manera inevitable, hacia ciertos simbolismos, ciertas metáforas implícitas, que no son lógicas, que sólo tienen sentido si se interpretan poéticamente. La verdad lógica como coherencia exacta de los conceptos, remite a la verdad empírica, como coincidencia del pensamiento con las cosas, y la verdad empírica, remite a la verdad como revelación, como descubrimiento del ser, como manifestación de lo profundo en la superficie.

Mariano Iberico ha transmitido a sus discípulos esta verdad fundamental. Y la ha podido transmitir, porque él la ha vivido y la sigue viviendo con intensa plenitud. Por eso ha podido transmitirla no sólo oralmente en sus inolvidables lecciones de historia de la filosofía sino a través de la obra escrita. Y este segundo aporte de Mariano Iberico a la filosofía peruana y latinoamericana, esta

influencia en los que hemos leído y estudiado a fondo todas sus obras ha sido probablemente su mayor aporte. Para hacer una filosofía de lo profundo, tal como la entiende Iberico, es necesario utilizar lo más superficial de todo: el lenguaje. El lenguaje es apariencia pura, es sonido, fenómeno fluido que trasmite significaciones que flotan en el ambiente de lo colectivo. Si se utiliza el lenguaje en su función cotidiana es imposible revelar las profundidades. El mensaje se queda en la inmediatez de la urgencia, en el cumplimiento de fines puramente prácticos. Si se utiliza en su función científica, si se trata de lograr la máxima coherencia y el más depurado rigor, se avanza mucho más. La objetividad científica permite elevarse sobre la superficie y bucear ya en las profundidades. Permite comprender que las apariencias no existen por sí mismas sino que emergen de un trasfondo que puede conocerse por medio del pensamiento.

Pero, debido a la propia estructura del conocimiento científico, la conquista de la profundidad sólo puede ser hipotética. Podemos acercarnos cada vez más a ella sin llegar nunca y siempre bajo la amenaza de que un insignificante hecho, una imperceptible apariencia destruya todo lo hecho, nos desvíe irremediablemente del camino recorrido. Llega un momento en que la única manera de utilizar el lenguaje, la superficie, para llegar a lo profundo, es sacarlo de los rieles que le ha impuesto la vida cotidiana, y de las estructuras sintácticas que le impone su función cognoscitiva. Para utilizar la superficie y llegar a lo profundo hay que romperla, hay que separar sus delgadas capas moleculares. Cuando la superficie del mar se hiela, la única manera de llegar al agua profunda es romper el hielo que la recubre. La función poética del lenguaje consiste, precisamente en esto: en romper las estructuras pragmáticas y las estructuras epistemáticas de las frases para lograr que las palabras se vuelvan transparentes y nos revelen el fondo de las cosas. La metáfora rompe el orden pragmático, porque se eleva sobre la función lingüística de la pura comunicación de deseos, de afinidades y rechazos. La metáfora al encontrar analogía en lo diverso, rompe la función inmediata del lenguaje y lo

transforma en vínculo de descubrimiento, de trascendencia hacia la verdadera realidad de las cosas. El estilo, el matiz, es la ruptura de los límites impuestos por la función cognoscitiva del lenguaje. El ideal de objetividad conduce, en el límite, a la desaparición del estilo. El lenguaje objetivo, nos lleva, en último término, a la severidad de la fórmula. Severidad señera, necesaria, pero limitada. El matiz, el estilo personal, transmite lo que no puede transmitir el arabesco acercado de la fórmula. Y así, a través de la metáfora, del estilo, de la matización, por medio del lenguaje en función poética, el filósofo logra romper el frío hielo de las apariencias y penetrar hasta el fondo cálido y opalescente de las realidades.

Pero una cosa es intentarlo y otra lograrlo. Quienes lo han intentado se han perdido con frecuencia en la fraseología hueca o rimbombante, han reducido la filosofía a la condición de mala literatura. Sólo alguien dotado de una vigorosa mentalidad teórica y de una extraordinaria capacidad de inspiración poética puede atreverse a intentar la aventura. Sólo un hombre capaz de armonizar de manera absoluta la capacidad teórica con la vena poética, es capaz de realizar la hazaña y de utilizar lo más superficial, el lenguaje, para apuntar a lo más profundo: el ser de las cosas, el ser del universo. Mariano Iberico lo ha logrado. Toda su obra no es sino un intento admirable, increíblemente bien logrado, de utilizar la capacidad poética del lenguaje para llegar al conocimiento filosófico de la realidad. En su libro más importante *La aparición*, el maestro alcanza la perfección del proyecto. En el estilo más noble y elegante de la filosofía latinoamericana, logra exponer una filosofía cuya profundidad y originalidad apenas si comienzan a ser comprendidas. Sin lugar a dudas, y sin restarle mérito a otros grandes valores de su generación, Mariano Iberico es de todos ellos el pensador más original de América Latina. Original por el estilo y original por el mensaje filosófico. Su originalidad resulta de esa perfecta síntesis entre la capacidad poética y la capacidad teórica que se encuentra muy rara vez en la historia de la filosofía. Es esta conjunción de capacidades, esta hermandad de la episteme y la poiesis, lo que ha permitido a Mariano Iberico, hacer una obra origi-

nal, es esta unidad de técnica y de inspiración lo que le han permitido escribir párrafos como el siguiente, digno de figurar en las mejores antologías filosóficas.

... en la propia opacidad, hay una paradójica transparencia ya que toda aparición es vehículo de sentido y revelación de ser. La pura opacidad sería la negación de todo conocimiento, de toda interpretación —ya sea semántica, ya sea científica del aparecer— nos llevaría a la ceguera absoluta, y por la vía de la negación a un resultado semejante si no idéntico al que se obtendría con la perfecta transparencia, o sea, una pura homogeneidad contraria a la esencia de la aparición...

... Pero como el aparecer no se da en un plano único, sino en planos que se diría concéntricos, la luz primitiva del ser, se diversifica y polariza y así no todas las formas del aparecer revelan el ser directamente; algunas lo aluden oblicuamente. Como el arco iris que en la policromía mágica de su aparición da testimonio, misterioso, alusivo del sol ya oculto...

DR. Víctor Li Carrillo
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

A comienzos de 1919 ingresaba en la docencia universitaria Mariano Iberico Rodríguez, joven autor de una notable tesis doctoral acerca de la filosofía de Bergson. La tesis había sido saludada con entusiasmo por las grandes figuras intelectuales de entonces; y una elogiosa carta del propio Bergson, en la cúspide de su celebridad, consagraba al flamante catedrático adjunto de nuestra Facultad de Letras como uno de los primeros pensadores del continente. Cuando se lee hoy, a más de medio siglo de su publicación, este libro de juventud, sorprende y conmueve su fidelidad al espíritu y a la letra del pensamiento bergsoniano, la información exacta y cabal, la familiaridad con la filosofía y, en general, con la cultura francesa, la madurez de una brillante inteligencia (una "hermosa inteligencia", como dijera Víctor Andrés Belaúnde); así como la seducción de un estilo que recuerda a veces a Rodó por la per-

fección de sus períodos y otras veces a Flaubert por la adjetivación cuidada y por su sostenido ritmo, pero que en definitiva armoniza todas las influencias en un inconfundible acento personal. Con un libro de metafísica, Mariano Iberico realiza la extraordinaria hazaña de ingresar, por derecho pleno, en el mundo cerrado, celoso y exigente de las letras nacionales. Durante 36 años ha alternado la enseñanza universitaria con el ejercicio de los más altos cargos de la magistratura y ha ilustrado a la cultura hispanoamericana con obras de valor perdurable, que han contribuido decisivamente al renombre del Perú y a la consolidación de su presencia espiritual en el mundo.

Al rendirle homenaje hoy, nuestra universidad cumple con un claro deber de reconocimiento y de justicia. Es el homenaje de San Marcos a uno de los grandes sanmarquinos, cuya presencia en esta casa, entrañable e inalienablemente suya, sea como estudiante, como maestro o como máxima autoridad, resplandece con el paso de los años como arquetipo de inteligencia creadora, de perfección académica y de noble devoción al servicio del saber de la cultura. Con esta celebración, que se ciñe a sus más puras tradiciones y constituciones, la Universidad de San Marcos quiere expresar solemnemente, ante la Nación entera, con unanimidad de sentimientos, su admiración, su veneración y su gratitud al doctor Mariano Iberico, gloriosa figura de la filosofía hispanoamericana; honor de la cultura nacional y, por sobre todas las cosas, gran maestro de nuestro claustro, en el que alcanzó por mérito de su obra, de su magisterio y de su influencia intelectual, las más altas dignidades académicas.

Debo a la benevolencia del doctor Juan de Dios Guevara, Rector de nuestra casa, el honroso cometido, que no creo merecer, de representar a nuestra universidad en esta celebración. Y si lo he aceptado, consciente de mi incapacidad, ha sido antes que nada para poder manifestar al doctor Iberico, a través de la voz del claustro y por una abusiva substitución, mi propia admiración, mi personal veneración, mi profunda gratitud, no sólo por las enseñanzas que recibí de él, en los años en que fui su alumno, discreto y

anónimo; sino por las lecciones de probidad intelectual, de respeto por la verdad, de obstinada dedicación al trabajo, de castigada perfección del estilo, que caracterizan su obra filosófica e iluminan la trayectoria de su vida. Lecciones deducidas de sus palabras y de sus libros, que se han convertido en mis propios ideales. Porque la eficacia del magisterio no sólo reside en la enseñanza directa y material, sino también en la otra forma, indirecta, de la sugestión y del ejemplo, que trasciende las circunstancias del aula y se proyecta sobre nuestra vocación y nuestro destino. “Parece —decía ya Aristóteles— que las razones verdaderas son las más útiles no sólo para el saber sino también para la vida”. (Cf. Eth. Nich. X, 1172 b 3-5). Que el doctor Iberico me permita decirle que su enseñanza, en esta doble dimensión, influyó considerablemente en mi decisión de estudiar filosofía; y que es tal vez una felicidad, como dice la bella frase de Stendhal, el tener por oficio su pasión.

De esa doble enseñanza, me siento hoy obligado a presentar mi testimonio, no tanto por el placer de la evocación, del retorno a la edad en que todo era desinterés y entusiasmo, cuanto para mostrar a quienes no tuvieron la fortuna de conocerlo, la calidad de un magisterio ejemplar y extraordinario. En mis años de estudiante, regentaba Mariano Iberico las cátedras de Historia de la Filosofía Antigua, en la que tuve el insigne honor de sucederle, y de Historia de la Filosofía Moderna. Es muy difícil imaginarse hoy, en estos días convulsionados y de rebeldía infantil e irracional, lo que significaba para nosotros su palabra inspirada, su brillante elocuencia, su admirable capacidad pedagógica. A nuestros ojos, aparecía como una verdadera revelación, como la presencia viviente de la filosofía misma. Clases magistrales, en el sentido eminente del vocablo, modelos de claridad expositiva y de rigor conceptual, como muy raras veces se pueden escuchar en las aulas universitarias; las más apropiadas a despertar el entusiasmo por el pensamiento y por ese misterioso quehacer, inseparable de la condición humana, que los griegos llamaron *philosophia* la voz modulada y rica, capaz de traducir los diversos matices de la emoción; gestos mesurados y expresivos, y, en ocasiones, rotundos y enér-

gicos para subrayar una afirmación o una negación; asombroso dominio del lenguaje, confinando con el virtuosismo; facultad para la improvisación, para encontrar la palabra exacta, la fórmula justa, la frase definitiva: los excepcionales dones de Mariano Iberico alcanzaban en el aula de clase una insuperable perfección.

La historia de la filosofía, de ordinario abstracta y erudita, se transfiguraba con la palabra de Iberico en una historia viviente, dramática y exaltante, como es en realidad la confrontación personal de cada filósofo con los problemas eternos del pensamiento, aunque esa tensión se oculte en el ejercicio dialéctico o en los juegos erísticos, en las disputas o en los cuodlibetos, en el discurso analítico o en la demostración sintética, en el encanto de la poesía o en el rigor de la geometría. Siguiendo las reglas de la historiografía moderna. Iberico restituía al pensador en su contexto biográfico, histórico, ideológico, bosquejando grandes figuraciones periódicas, que ponían de relieve la profundidad de su cultura, su escrupuloso conocimiento de hechos y de ideas, su familiaridad con los grandes filósofos, su diversidad de intereses y competencias, pero al mismo tiempo su sensibilidad de artista y su poder de evocación poética. Merced a esta orientación interdisciplinaria, la clase de historia de la filosofía constituía así no sólo un curso de especialización filosófica, sino al mismo tiempo una lección de cultura general, en el más noble sentido de la expresión; una revelación de los grandes nombres y de los grandes libros, que representan y traducen la inspiración del humanismo. ¿De qué otro modo, por qué otra fuente, hubiesen podido llegar hasta nosotros, estudiantes de filosofía, autores como Bachofen y Fustel de Coulanges, Ranke y Mommsen, Rilke y Paúl Valery, Frazer y Carus, Klages y Lévy-Bruhl, Torre Franca y Matila Ghyka, Albert Béguin y Elie Faure, Burckhardt y Worringer, Fabre y Uexhull, y otros tantos espíritus eminentes, cuyo amoroso conocimiento alienta la obra entera de Mariano Iberico?

La filosofía aparecía así integrada en el vasto mundo de la cultura, conviviendo con la poesía y el arte, con la mitografía y la historia de las religiones, con la etnología y la psicología, con la bio-

logía y el derecho, no como una disciplina entre las otras, sino como un saber dominante y, como quería Aristóteles, hegemónico. Instruido por esta experiencia pude yo mismo más tarde soportar y hasta amar la cotidiana lectura de la monumental Gramática Griega de KühnerGert, de las Lecciones de Sintaxis de Wackernagel, de los Principios de Fonología de Troubetzkoi; así como el arduo e interminable estudio de las Matemáticas, que acaso me ayudaron a comprender a algunos grandes filósofos con más eficacia que numerosos libros de lo que en las universidades alemanas se llamaba "literatura secundaria". Por esta apertura a la inquietud de nuestro tiempo, por esta incitación al saber desinteresado, la enseñanza de Mariano Iberico cumplía una misión formativa indispensable y tenía el valor de una iniciación en la vida de la cultura superior. Enseñanza que los griegos habrían calificado de "protréptica", exhortativa, conversión del espíritu a los intereses del saber, invitación a la filosofía, a su seducción y a su servidumbre. Ésta es una misión que cumplió soberanamente Honorio Delgado, gran señor de nuestra cultura, hombre de ciencia y de honor, ante cuya memoria me inclino con la dolida emoción del amigo y la filial gratitud del discípulo. Honorio Delgado y Mariano Iberico, asociados por afinidad espiritual y por una estrecha colaboración intelectual, de la que resultó el clásico tratado de Psicología, el mejor en su estilo y en su género, están asociados también en la historia de la cultura peruana, que es nuestro patrimonio inalienable y que no se puede confundir ni con la prédica demagógica ni con sospechosas empresas de promoción comercial. Esta función de exhortación y de mediación la sigue cumpliendo hoy Óscar Miró Quesada, con un juvenil entusiasmo que desafía a los años y con el que entrega casi a diario, a conoedores y profanos, complicados secretos de la ciencia y de la técnica. La cumple también Francisco Miró Quesada Cantuarias, extraordinario filósofo, amigo entrañable, a quien corresponde el mérito indiscutible de haber iniciado en el Perú los estudios de lógica matemática y de filosofía de las ciencias en su verdadero rigor.

Proyectada hacia el horizonte de la cultura nacional, la enseñanza de Iberico no ha sido por ello menos importante en el dominio específico de la filosofía. La historia de la filosofía no es una disciplina histórica sino una disciplina filosófica y, en el límite, se identifica con la filosofía misma. Sólo un filósofo puede enseñarla. Sólo un filósofo puede comprenderla. Mariano Iberico puso a contribución en su enseñanza, su propio pensamiento, su propia filosofía, ordenada en torno de una única intuición fundamental: la intuición del aparecer. Toda su obra filosófica está subtenida por el esfuerzo de explicitar, profundizar y explorar esta intuición fundamental, con admirable continuidad y perseverancia. Es el aparecer en todos sus aspectos y respectos: como problema metafísico, pero también como goce estético: como sentimiento vital, pero también como modulación del alma; como éxtasis del tiempo, pero también como dimensión de la existencia; como paisaje, pero también como mito; como poesía, pero también como símbolo. Ser y aparecer, en su recíproca limitación e implicación, es el enigma mayor, el dilema eterno de la filosofía. Mariano Iberico es el filósofo del aparecer. El aparecer es en su pensamiento como un “geometral de perspectivas”, para decirlo con la inspirada metáfora de Leibniz; y sobre él ha escrito sus páginas más bellas y duraderas, que plasman y cristalizan una límpida y serena meditación, la meditación matinal, luminosa y efusiva de toda su vida.

Pero al centrar su pensamiento en el aparecer y sus prestigios, Iberico no sólo se entrega a su vocación profunda, poética y artística, inconcebible quizá sin el amor por las cosas sensibles, por esas cualidades secundarias que menosprecian los filósofos racionalistas, sino que al mismo tiempo trasciende la sensibilidad y su inmediatez, buscando por “instinto especulativo” la presencia en las cosas sensibles de la cultura, de la historia, del mito, de la religión. “Para comprender las creencias y convicciones —dice Ludwig Klages en su libro sobre el eros cosmogónico— es necesario conocer el mito del que provienen; para comprender el mito, es necesario comprender los símbolos que lo han engendrado; pero para comprender los símbolos es necesario conocer la naturaleza

de una experiencia, que no puede ser jamás transmitida mediante juicios". (Cf. Ludwig Klages: *Vom kosmogonschen Eros*, p. 98).

Iberico parece haberse inspirado en el método de Klages, no sólo por concordancia doctrinaria, sino antes bien por afinidad intelectual y acaso vital, como podría explicarse también su admiración por Bergson, porque toda filosofía se construye, y sobre todo, se origina en un sistema de preferencias no explícitas y a menudo no conscientes. El aparecer no es entonces sólo competencia de los sentidos, sino también de las misteriosas potencias del alma, que se expresan en los símbolos y en los mitos, en la religiosidad y el culto, en los gestos primordiales y elementales del espíritu humano. La aparición no es por eso un acontecimiento neutral o indiferente, sino un acontecimiento condicionado por la cultura y la historia. "Pensemos en el sol —dice Heidegger—. Sale y se oculta todos los días. Sólo algunos hombres, que son astrónomos, físicos, filósofos —y éstos desde un punto de vista particular, más o menos familiar— experimentan inmediatamente este estado de cosas de un modo distinto, es decir, como movimiento de la tierra alrededor del sol. Sin embargo, la apariencia que adquieren el sol y la tierra —por ejemplo, los rayos de la aurora sobre el paisaje, el mar en el crepúsculo, la noche— es un aparecer. Esta apariencia no se reduce a la nada. No es tampoco no verdadera. No es tampoco una simple aparición de relaciones que realmente están constituidas de modo distinto en la naturaleza. Esta apariencia es histórica y es historia, descubierta y fundada en la poesía y en el decir; y es así un ámbito esencial de nuestro mundo".

La filosofía de Mariano Iberico responde al proyecto de rescatar, desde las profundidades del alma humana, los sentimientos a la vez primordiales e históricos de la vida cósmica, del ritmo universal, de la identificación con el destino y del reconocimiento de su fuerza inexorable. Es la filosofía de lo arcano y del retorno. "Ya ha desaparecido la reverencia cósmica —escribe bellamente en *El sentimiento de la vida cósmica*—. Ya la naturaleza no vierte en el corazón de los hombres su misteriosa confianza. Ya no brillan en el cielo del alma los admirables símbolos con que los grandes

poetas han expresado el secreto —inviolable— y difundido el mágico prestigio de la naturaleza. Ya la nueva poesía no hace sino proyectar en un espacio indiferente las frías imágenes de un disimulado aunque meticuloso artificio” (Cf. Mariano Iberico, *El sentimiento de la vida cósmica*, p. 11). Iberico se propone reanimar esos sentimientos, restituyéndoles su vitalidad y su espontaneidad, enervadas por la mecanización de la vida moderna. Alienta por eso en su pensamiento la irrevocable convicción de que el cosmos no puede ser sólo una variedad de los espacios Riemann, que la naturaleza no puede ser sólo un sistema de leyes abstractas y de ecuaciones diferenciales, que el cielo no es sólo una imagen feliz de místicos y poetas. Merced a esta convicción, su filosofía anuncia su filiación con lo que Max Scheler denominaba “el saber de la salvación”.

Pero, ¿qué es lo que se trata de salvar? ¿Es la salvación de las apariencias? “Salvar las apariencias”, constituía para Platón la regla de oro de la ciencia. Es necesario salvar las apariencias, porque tras las apariencias se encuentra la verdadera realidad. Así, por ejemplo, la astronomía antigua consideraba como un escándalo la existencia de “estrellas errantes”, cuyos movimientos parecían incompatibles con los movimientos circulares, regulares y uniformes de los grandes astros. Por eso, Platón proponía a los matemáticos, el siguiente problema fundamental: “¿Cuáles son los movimientos circulares y perfectamente regulares que conviene tomar como hipótesis para que sea posible salvar las apariencias presentadas por los astros errantes? Los movimientos de los astros errantes son meras apariencias que resultan de la composición de sus movimientos reales, circulares y regulares, de geometría perfecta. Sólo descubriendo tales movimientos reales, se pueden salvar las apariencias. La salvación de las apariencias es el principio de la ciencia, incluso de la ciencia moderna, cuyos modelos matemáticos se construyen en virtud del mismo proyecto cognoscitivo.

Pero la salvación de las apariencias no es sólo una exigencia del conocimiento, sino también una exigencia metafísica, mística,

escatológica. Salvar las apariencias quiere decir asimismo reconocer y justificar la realidad del aparecer. Es salvar el espectáculo del mundo, el cosmos vivido, los mitos, los misterios, los dioses del Olimpo; salvar todo aquello que enriquece la vida humana y la libera de la rutina mecánica y técnica. Esta segunda forma de salvación de las apariencias concuerda con la vertiente contemplativa del pensamiento de Platón. No el Platón que es maestro de Aristóteles, sino el Platón, maestro de Platino y San Agustín. En este último sentido, la filosofía de Iberico es de inspiración platónica, contemplativa, participativa. Entre el ser y el aparecer. Iberico introduce la mediación del alma en la forma de una reflexión especular. La realidad queda escindida en tres grandes entidades ontológicas: el ser, el aparecer y el reflejo especular del aparecer. “El ser —dice Iberico— sale de sí y suscita el aparecer; el aparecer por la ley del desdoblamiento ontológico se constituye en ser y a su vez se proyecta en nuevo aparecer; en una nueva aparición. De otro lado, el reflejo de la aparición no es una mera recepción pasiva sino una reacción que al propio tiempo recibe la luz y la proyecta, despertando nuevas apariencias y continuando de este modo el movimiento de la imaginación universal” (Cf. Mariano Iberico, *La aparición*, p. 217). Pero la fundamentación ontológica del aparecer justifica al mismo tiempo la contemplación fruitiva de la aparición, porque la aparición acontece ante el alma y suscita, junto con las emociones primordiales, el goce del espectáculo universal.

Este pensamiento se expresa y acaso se constituye con ayuda de un estilo incomparable, merced a una sabia composición de conceptos y de imágenes; una magistral armonía de lo concreto y de lo abstracto al servicio de una delicada sensibilidad, que vibra con el oro y azul de las retamas, el verdor de los eucaliptos o el bermejo de los cerros andinos; que percibe rumores y silencios, pero que al mismo tiempo aprehende la sutileza de una idea o el complicado laberinto de un sistema. Las admirables páginas de las Notas... sobre el paisaje de la sierra merecen figurar en la antología de la mejor prosa y de la más auténtica emoción peruanista. Describiendo

por ejemplo el espectáculo de la noche andina, dice Iberico: “En la tierra, el silencio sólo deja pasar los ruidos naturales: el susurro del follaje, el murmullo del agua, los aullidos de los perros videntes, los quejidos de la entraña herida” (Cf. Mariano Iberico, *Notas sobre el paisaje de la sierra*, p. 20). ¿Cómo no admirar frases como ésta, compuesta como una melodía, con sabia gradación de intensidad, que comienza con un susurro imperceptible y culmina con el grito que se prolonga, como un violento acorde final?

Por su pensamiento, por su estilo, por su enseñanza, Mariano Iberico ha contribuido a establecer en nuestro país la carta de ciudadanía de la filosofía en la república de la cultura. Junto con Honorio Delgado, Julio Chiriboga y Francisco Miró Quesada, ha instituido lo que Francisco Romero denominaba la “normalidad filosófica”, que no es sólo la institucionalización de la filosofía, sino —más profundamente— la posibilidad de concebir a la filosofía como quehacer exclusivo de la vida. “Mis obras son mis discípulos” —solía decir don Julio Chiriboga, admirado maestro y pensador profundo. Podría decirlo también Mariano Iberico considerando a la brillante generación de sus discípulos sanmarquinos: Francisco Miró Quesada, Nelly Festini, Carlos Cueto Fernandini, Luis Felipe Alarco, José Russo Delgado, Gustavo Saco, Walter Peñaloza, Juan Bautista Ferro, Augusto Salazar Bondy, Jorge Guillermo Llosa, Antonio Peña y tantos otros que no se dedicaron a la filosofía, pero que aprovecharon su enseñanza, recogieron su mensaje y se inspiraron en su ejemplo.

He tenido la impertinencia de hablar sobre mí mismo y de decir lo que ha significado para mí el magisterio de Iberico. Creo que para toda mi generación ha tenido el mismo valor de arquetipo; y de ello podrían testimoniar mis compañeros de clase y amigos de toda la vida: Guillermo Lobatón, Óscar Franco Llaque, Alfonso Barrantes Lingán, Alfredo Battilana Maggiolo, Manuel Velásquez Rojas y Alfredo Ponce Chirinos. Juntos compartimos nuestra admiración y nuestro entusiasmo; y acaso nadie hubiese podido expresarlo mejor que Guillermo Lobatón, su sincero y fervoroso admirador, que ya no está entre nosotros, porque entregó genero-

samente su vida por la moralidad de sus ideas y por su intransigente idea de la moralidad.

En una bella página de su *Ética*, Spinoza define en su abstracto lenguaje, imitado de la geometría, lo que es la admiración, la veneración, la devoción. La admiración —dice— es la imaginación de lo singular (Cf. Spinoza, *Ética*, proposición 52). Pero si lo que asombra es la prudencia o la industria de un hombre que es incomparablemente superior a nosotros, entonces se llama veneración; y si la admiración recae sobre un hombre a quien se ama, este amor es la devoción. “La devoción es el amor hacia aquel a quien se admira”.

Doctor Mariano Iberico:

En la veneración que inspira su nombre, en la admiración por su obra, en la devoción por su persona, habrá de recobrar nuestro viejo claustro la conciencia de sus fines permanentes; habrá de encontrar la cultura peruana un viviente paradigma de las posibilidades innatas de la inteligencia nacional y habrá de seguir la filosofía hispanoamericana el más seguro derrotero de su destino.

DR. Mariano Iberico

Agradezco de todo corazón este solemne homenaje que las más altas instituciones culturales del Perú y que dilectos amigos que las integran y representan se dignan tributar a mi persona y que yo recibo abrumado por la imponderable significación que para mí posee y que es la generosa expresión de una amistad que me exalta hasta excelsos planos de vida espiritual.

Y este agradecimiento tiene doble motivo: primero por venir de tan altas instituciones a las cuales admiro y amo fervorosamente, y segundo por serme ofrecido con palabras de extrema gentileza y bondad por los brillantes intelectuales señores: Francisco Miró Quesada C., Jorge Guillermo Llosa y Víctor Li Carrillo, con quienes me ligan los vínculos de una afectuosa amistad, y una profunda solidaridad intelectual y de culto por los supremos valores del espíritu. Y aquí podría terminar esta expresión de profunda

gratitud, si no sintiera el imperativo moral de agregar algunas palabras que completen el sentido de mi emoción en esta fiesta que se celebra en mi honor y que constituirá para mí y los míos, uno de los recuerdos no solamente más gratos sino más profundos, más importantes y significativos de mi existencia.

Y creo que existe algún justificativo para la generosa adhesión que me rodea, y ese justificativo consistiría en la vocación que ha dominado todos los instantes de mi actividad intelectual y que yo interpreto tanto como la raíz psicológica y oscura del amor a ciertas nobles formas del espíritu, cuanto como la aspiración platónica a la realización de ciertos arquetipos que lucen como soles o astros distantes en el cielo del alma. De tal suerte que yo he querido cultivarla según la imagen del árbol que clava sus raíces en las honduras abismales de la biología y la psicología y eleva hacia el cielo el luminoso esplendor de sus hojas. No me toca a mí decir si lo he logrado, pero sí puedo afirmar, con humildad y certeza que lo he pretendido con incansable empeño.

Por último, damas y caballeros que me honráis en esta fiesta con vuestra cordial presencia os quiero reiterar una vez más mi profunda gratitud por haber unido al sol poniente de mi carrera y de mi edad, los matinales reflejos de vuestro noble entusiasmo. Lo cual me permite disfrutar del dorado júbilo de Beethoven y hace posible, así, que sea el incomparable allegro de la Coral quien corone esta ya larga Novena Sinfonía de mi labor y de mi vida.